

*Offside/Fuera de lugar. Fútbol y migraciones en el mundo contemporáneo*

Guillermo Alonso Meneses y Luis Escala Rabadán, coords., 2012, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 256 pp.

Cristina Gómez Johnson  
*Universidad Nacional Autónoma de México*

Considerado el deporte más popular del mundo, el fútbol une a la afición sin importar su procedencia geográfica o su posición económica. Quien ha viajado por Latinoamérica sabrá que en cualquier pueblo, por lejano o falto de recursos que esté, siempre hay una cancha de fútbol en la que se pueden ver parvadas de niños detrás de un balón o de una botella de plástico, con porterías marcadas con piedras o, algunas veces, hechas de metal.

Esta publicación es un aporte más al estudio de los impactos del fútbol en la sociedad. Los coordinadores combinan aspectos socio-culturales para explicar el papel de este deporte en la consolidación del proyecto migratorio una vez que se ha llegado al lugar de destino. En la introducción se hace un interesante recorrido por el surgi-

miento del fútbol en Latinoamérica, importado por ingleses que utilizaron esta actividad como una forma de integración, conservación de costumbres y mantenimiento de su identidad. Además clarifica la línea argumentativa por seguir: el fútbol es un pretexto para profundizar sobre los procesos organizativos construidos por los migrantes –internacionales o internos– para hacer frente a los retos planteados por la sociedad de destino. Los 10 capítulos que componen el libro se podrían dividir en tres grupos: uno dedicado a estudiar los procesos organizativos en el país de destino en aras de facilitar la integración; otro centrado en resaltar el papel del fútbol como una salida a problemas sociales comunes de los barrios populares y, finalmente, dos capítulos que reconocen en los

futbolistas a migrantes iguales a los llamados económicos, aquellos que salen de sus países para buscar mejoras económicas y profesionales y, como tales, también enfrentan problemas legales y discriminación.

En el primer grupo de investigadores encontramos a Juan Javier Pescador, quien afirma que los clubes de futbol son la primera instancia organizativa para facilitar a los inmigrantes mexicanos su proceso de integración en la sociedad de Estados Unidos. Para Pescador, el club de futbol Necaxa simbolizaba el orgullo étnico del mexicano y la imagen del éxito por medio del trabajo duro, y representaba a México en la sociedad estadounidense. Además, estas organizaciones contribuyen a la mejora social, pues evitan que los jóvenes se metan en problemas judiciales, de drogadicción o vandalismo. Un día de entrenamiento es uno sin la tentación de meterse en líos. Por otro lado, Fábregas afirma que el futbol es el mecanismo de movilización social más efectivo, pues concentra procesos de identidad cultural y política que se condensan en un equipo. En el caso mexicano, que adolece de nacionalismos arraigados, ha sido una herramienta muy efectiva para invocar el sentimiento

de “unidad nacional” a través de la selección mexicana de futbol. Los clubes en México tienen la capacidad de otorgar un espacio a sentimientos supranacionales, generalmente relacionados con una zona, ciudad o barrio. Por su parte, Guillermo Alonso reconoce la importancia del futbol en los procesos de integración de los migrantes internos en España a partir de la creación del club AT Galicia en Barcelona, uno de los únicos clubes de aficionados inscritos en la Federación Catalana de Futbol y en la española. A lo largo del capítulo, demuestra cómo puede existir discriminación entre los propios migrantes; así, los gallegos se sienten amenazados por el aumento de población paquistaní y latina en el barrio, reivindicando su derecho de estancia en éste frente a los nuevos migrantes.

Para Albert Moncusí y Ramón Llopis, el deporte constituye una herramienta para reforzar relaciones interculturales y de cohesión. Además favorece la conservación de las raíces culturales de los extranjeros, facilita canales de transmisión de normas y valores de las sociedades modernas e impulsa la creación de redes sociales, aumentando el capital social.

Arturo Santamaría inicia su capítulo con los orígenes del futbol

en Estados Unidos, que llegó en el siglo XIX a Nueva York, de la mano de los migrantes europeos, mientras que en el siglo XX entra por California y Texas gracias a los mexicanos. Las ligas de fútbol son una especie de gran familia, en donde los migrantes comparten el conocimiento de la sociedad de acogida, hablan sobre procesos de legalización migratoria, se ofrecen servicios de cuidado de niños y labores domésticas, se realizan tandas, entre otros intercambios. Este mismo uso se da a las ligas de beisbol, frecuentadas sobre todo por inmigrantes centroamericanos y sudamericanos. La presencia de estos equipos ha generado la necesidad, desde las administraciones municipales, de dotarlos de presupuesto e infraestructura. Aunque esto puede resultar positivo, contraviene las prácticas informales de los migrantes. En Latinoamérica, el fútbol se aprende en la calle o en la playa, mientras que en Estados Unidos, en las escuelas.

Finalmente, Luis Escala se centra en los procesos organizativos, uno de los aspectos más estudiados por las investigaciones sobre migración. En el caso mexicano, estos procesos son tan antiguos como los propios colectivos instalados en Estados Unidos,

aunque en los últimos años han surgido nuevos destinos y nuevos flujos. A partir de 2000, el estado de Hidalgo se ha convertido en generador de la mayor cantidad de migrantes hacia Nevada, Georgia y Carolina del Norte, pero especialmente Florida. Este colectivo también se ha organizado en clubes deportivos, y dentro de ellos los de fútbol son los más relevantes. Las organizaciones migrantes facilitan el proceso migratorio mediante la información a los recién llegados en temas como trabajo, vivienda o papeles para regularizar su residencia en el país de destino. A este cúmulo de conocimientos se le ha denominado capital social, que constituye uno de los recursos centrales para definir las trayectorias laborales y sociales en el lugar de llegada. Las asociaciones de fútbol pueden ser el primer paso en la formación de líderes comunitarios, así como un mecanismo de reclamo y construcción de identidades colectivas y de organizaciones comunitarias.

En el segundo grupo de investigaciones se encuentra Mario Alberto Jurado, quien habla de la migración interna en México, particularmente de estados mineros (San Luis Potosí, Coahuila y Zacatecas) hacia Monterrey. Allí los migrantes fundaron el barrio

San Luisito, que posteriormente se convirtió en la colonia Independencia que, al paso de los años, ha dado albergue a migrantes provenientes de diversas partes del país. El fútbol cobró fuerza en San Luisito, en donde se realizaron diversos torneos, mostrando a la ciudad la capacidad de organización en los barrios populares. Los equipos aprendieron a organizarse para financiar sus actividades, llegando inclusive a constituirse en cantera de equipos profesionales. En la actualidad, con la ausencia de asociaciones voluntarias e independientes, han surgido y campado estructuras delincuenciales en la colonia.

Por su parte, Jorge Meneses realiza un recuento de la presencia del fútbol en México desde los inicios del siglo xx, traído por los inmigrantes ingleses que se establecieron en el país para explotar las minas, sobre todo en los estados del centro. Durante la Segunda Guerra Mundial, los ingleses en México dejaron el fútbol en manos de los españoles, quienes fundaron el Club España, que tuvo rápidamente sus réplicas en distintas colonias de la ciudad de México, así como en otras urbes con presencia ibérica (Tampico, Torreón, Tuxpan, Veracruz, Villahermosa, Oaxaca, Puebla y

Pachuca). El fútbol se convirtió en una forma de representación social para los españoles, que a su vez los hacía diferentes de los mexicanos. Sin embargo, con el paso del tiempo, el mestizaje también permeó al fútbol, y los clubes españoles aceptaron poco a poco la presencia de socios mexicanos. En los cincuenta del siglo pasado, a los españoles los sustituyeron los sudamericanos, sobre todo argentinos, que en los noventa tuvieron su máximo punto de crecimiento. En el caso mexicano, pocos han sido los ejemplos de jugadores fuera del país, aunque en este siglo ha aumentado su presencia sobre todo en Europa. No hay demasiadas explicaciones para este *boom*, pero el autor lo atribuye a la globalización del deporte y a mejores niveles formativos.

Por último, en el tercer grupo encontramos a Sandra Gil, quien hace una revisión de un trabajo previo (2002) sobre la *Ley Bosman*, que permitía la libre circulación de personas y capitales en Europa en el ámbito deportivo. Esta iniciativa generó —y continúa haciéndolo— situaciones de discriminación hacia los jugadores no comunitarios que tienen contratos en ese continente. Esta ley reduce al fútbol a una actividad económica, a los futbolistas

a empleados, y a las federaciones a comités de empresa, quitando a este deporte toda carga cultural. De hecho, si el fútbol fuera considerado una actividad cultural no podría someterse a dicha ley, pues la defensa de la cultura es menester únicamente de los Estados miembros de la Unión Europea y, por tanto, esa libre circulación sería inviable. Resulta llamativo que se generen discursos de rechazo hacia los futbolistas no comunitarios, y que en lugar de aprovechar el capital humano de los extranjeros se reniegue de su presencia, intentando anularlos.

Por su parte, Santiago Nogueira y Julio Frydenberg relatan la historia contemporánea de Argentina, en la que destacan cómo ha sido un país con varios períodos emigratorios. A pesar de que muchos de sus vecinos inmigran hacia ese país sudamericano, los períodos de dictaduras militares y crisis económicas han empujado a su población —formada y poco calificada— a salir, muchos hacia América, Europa, Estados Unidos, Canadá y Australia. Esto mismo ha sucedido en el ámbito deportivo. En los últimos años, Europa ha sido el destino predilecto para estos jugadores, pero son España e Italia los países donde se encuentra la mayor cantidad

de futbolistas argentinos, debido a la cercanía cultural y las modificaciones en las legislaciones de ciudadanía de ambos países. Lo destacable es que los futbolistas, como la mayoría de los migrantes, buscan mejoras económicas y profesionales fuera de su país. Así, deciden salir porque no se encuentran conformes con su situación laboral y profesional, y su éxito estará limitado dependiendo del acceso a los equipos que les faciliten u obstaculicen su desarrollo.

El libro resume los distintos aspectos en los que impacta el fútbol. No sólo es un deporte que levanta pasiones y enemistades; se trata también de un factor de cohesión social y cultural para aquellos que han migrado. El deporte en equipo facilita la organización de grupos de migrantes, que casi sin percatarse constituyen asociaciones que sobrepasan la actividad deportiva y lúdica como objetivo único. Más aún, el fútbol rescata a muchos jóvenes de las actividades delictivas, empujados muchas veces por la necesidad de pertenencia. Más allá del ámbito individual, impacta sobre todo en el comunitario, cambiando el aspecto social de los barrios, ciudades y colectivos de migrantes. Por ello, la publicación reseñada constituye un trabajo equilibrado

en los temas, quizá con una carga más clara hacia los que tratan sobre los procesos organizativos. En todo caso, el libro es un reflejo de

las preocupaciones, intereses y experiencia investigativa de ambos coordinadores.